

golpear de los árboles unos con otros y sin poder distinguir nada, cuando no me alumbraba el rayo.

A su luz ví que me hallaba materialmente adherido á Saumarez y á la mayor de las hermanas Copleigh, teniendo mi caballo frente á mí.

Reconoci á Mrs. Copleigh porque llevaba alrededor de su sombrero un *pagri* (1) y su hermana no.

La electricidad de la atmósfera había penetrado en mi cuerpo y temblaba y me estremecía de pies á cabeza, como el trigo se inclina y estremece antes de la lluvia.

La tormenta era horrible. Podía creerse que el viento iba á levantar el globo en peso para arrojarle después hecho pedazos, y el calor aumentó tanto, que hería la tierra con un fuego semejante al del día del Juicio final.

Al cabo de media hora, la tempestad se calmó y entonces oí sonar junto á mi oído una voz débil que con acento desconsolado,

(1) Adorno de tela blanca que se pone alrededor del sombrero, parecido al *yelmo* que usan los hombres, y le da apariencias de turbante.—(N. del T.)

pero dulce y suave como el quejido de un alma que, perdida, gira con el viento, suspiraba:

— ¡Oh, Dios mío!

En aquel momento, la más joven de las hermanas Copleigh tropezó conmigo y cayó en mis brazos, diciendo:

—¿Dónde está mi caballo? Démele usted. Necesito marcharme. Lléveme usted á casa.

Creí que los relámpagos y la negra obscuridad la habían aterrado, y procurando tranquilizarla, le dije que no había peligro, pero que era preciso esperar á que la tormenta pasara.

—No es eso, no es eso—me respondió.— Quiero irme: ¡sáqueme usted de aquí!

Le repliqué que no podíamos marchar hasta que la luz reapareciera: pero noté que se separaba de mí y se alejaba: estaba demasiado oscuro para poder saber hacia dónde.

En aquel momento, un espantoso relámpago rasgó el cielo, estalló el trueno, como si hubiese llegado el fin del mundo, y las mujeres gritaron horrorizadas.

En este mismo instante, sentí que la mano de un hombre se posaba sobre mi hombro, y oí á Saumarez que gritaba á mi oído:

Aunque el ruido de los árboles, en su incesante lucha, y los aullidos del viento no me dejaban percibir bien sus frases, al fin entendí que me decía:

—Me he equivocado al declararme. ¿Qué debo hacer?

Saumarez no me había hecho jamás ninguna confidencia. Nunca fui su amigo, ni aun ahora lo soy, y sospecho que él tampoco lo era ni lo es.

Cuando se puso en pie temblaba lleno de excitación; y yo que experimentaba sensaciones muy raras, efecto de la electricidad, no acerté á decirle más que esto:

—Se necesita estar loco para pedir la mano de una mujer en medio de una tormenta como ésta. Pero no veía la forma de enmendar el error.

—¿Dónde está Edith—me preguntó, dando un grito.

Edith era la menor de las hermanas.

Lleno de asombro exclamé:

—¿Qué le importa á usted esa?

Por espacio de algunos minutos estuvimos gritando los dos como unos locos: él jurando que á quien había querido declararse era á la

menor, y yo respondiendo, hasta enronquecer, que debía haberse equivocado.

No puedo explicarme esta escena más que pensando que ninguno de los dos sabíamos lo que hacíamos.

Todo aquello me parecía un sueño; desde el manoteo de los caballos en la obscuridad hasta el hecho de contarme Saumarez la historia de sus amores con Edith Copleigh.

Aún seguía desgarrando mi hombro con la mano y pidiéndome le dijera dónde estaba Edith, cuando la tempestad volvió á calmarse; la obscuridad se iluminó algo y ví la nube de polvo formarse en la llanura, frente á nosotros: lo peor había pasado.

La luna se había escondido y comenzó á brillar con luz muy tenue la falsa aurora que aparece una hora antes que la real; pero aquella luz era muy débil y la sombría nube seguía mugiendo como un toro.

Traté de averiguar hacia dónde se había dirigido Edith, y cuando estaba pensando en esto ví tres cosas á la vez: ví la cara de Magdalena Copleigh, la hermana mayor, que surgía sonriendo del seno de la obscuridad y se

encaminaba en busca de Saumarez, puesto de pie junto á mi.

La joven suspiraba un «Jorge», á la vez que su brazo se deslizaba á través del brazo libre de Saumarez, y en su rostro se reflejaba esa alegría que se siente rara vez en la vida; demostración plena de que la mujer es totalmente feliz; de que para ella el aire está lleno de armonías y la tierra aparece envuelta en espléndidas nubes de color de fuego, porque ama y es amada.

Ví... la cara de Saumarez cuando oyó la voz de Magdalena; y ví, por último, á unos quinientos pasos del grupo de naranjos, una figura envuelta en amplio y oscuro traje de Holanda, lanzarse sobre un caballo.

A causa, sin duda, de la sobreexcitación en que la tempestad me tenía, sentí una inclinación deplorable á mezclarme en lo que no me importaba, y cuando Saumarez se disponía á escapar en seguimiento de la que había montado á caballo, echándole hacia atrás, le dije:

—Espere usted aquí y dé explicaciones. A la otra yo le haré volver.

Y corrí en busca de mi caballo.

He profesado siempre la opinión, perfecta-

mente inútil, de que todas las cosas deben hacerse con decencia y orden, por lo que creí que el primer deber de Saumarez era borrar suavemente del rostro de Magdalena el sello de ventura que le cubría.

Todo el tiempo que invertí en ajustar la cadena barbada de mi caballo, estuve pensando en qué forma saldría el hombre del paso.

Monté, y entendiendo que debíamos retrasar un poco la vuelta, me limité á poner el caballo á un paso algo vivo al encaminarme en busca de Miss Edith; pero ésta, apenas me vió, partió á galope, lo que me obligó á imitarla, y, mientras corría, volvía la cara y gritaba:

—Déjeme usted. Voy á mi casa. Vuélvase usted.

Mi deber era alcanzarla primero y discutir después.

La carrera fué digna de aquel que seguía pareciéndome un mal sueño.

El terreno era muy malo, la tempestad volaba rápida delante de nosotros, y á cada paso penetrábamos violentamente en medio de los torbellinos que surgían de sus bordes, y sembrando demonios de polvo nos ahogaban.

Un viento abrasador, saturado del olor insoportable de los hornos de ladrillos, soplaba con fuerza, y entre la débil luz de la falsa aurora y los demonios de polvo, á través de aquella llanura desolada, aleteaba el traje de holanda oscura sobre el caballo castaño.

Primero tomó Miss Edith el camino del pueblo; después giró dirigiéndose hacia el río á través de los juncales quemados y abatidos por la tempestad, malos hasta para una carrera montados en puercos.

A sangre fría jamás se me hubiera ocurrido atravesar aquellos sitios de noche; pero cuando el rayo estalla sobre nuestras cabezas y un vapor, semejante al que exhalan los sepulcros, se mete en las narices, esto llega á parecer natural y hasta lógico.

Yo corría y corría gritando; ella, inclinándose hacia adelante, daba tremendos latigazos á su caballo, y en esto, un nuevo remolino de la tempestad nos alcanzó, empujándonos el viento hacia adelante como si hubiéramos sido pedazos de papel.

No sé cuánto tiempo duró la carrera; el golpear de los cascos de los caballos, el rugir del huracán y el paso rápido de aquella luna

de color de sangre y de apagada luz á través de una niebla amarilla, me hacían pensar que duraba años y años.

Estaba literalmente bañado en sudor de pies á cabeza, cuando el castaño tropezó, y, aunque logró dominarse, se alzó completamente cojo. Mi caballo estaba inutilizado.

Miss Edith, cubierta de polvo y sin sombrero, daba lástima.

—¿Por qué no me deja usted sola? — gritó rudamente. — ¡Yo no deseo más que irme á mi casa!

—Es necesario que vuelva usted, Miss Copleigh; Saumarez tiene que decirle algo.

Era este un modo un tanto imbécil de plantear la cuestión, pero apenas conocía á Miss Copleigh y aun cuando estaba desempeñando el papel de Providencia, á costa de mi caballo, no podía explicarle en pocas palabras lo que Saumarez me había dicho, y él seguramente explicaría mucho mejor que yo.

Los pretendidos deseos de volverse á su casa, el cansancio... todo, desapareció en un momento: no hacía más que moverse en la silla y sollozar, mientras el viento sacudía su negra cabellera.

No refero lo que me dijo, porque estaba completamente *deshecha*.

He aquí lo que en realidad era la arisca Miss Edith.

¡Un hombre completamente extraño para ella, tratando de explicarle que Saumarez la amaba y que debía volver para oírlo de sus propios labios!

Creo que me hice comprender, porque aproximó su caballo al mío, y aunque cojeaba, le hizo avivar el paso encaminándonos hacia la derruida tumba, mientras la tormenta seguía retumbando en el valle de Unballa y algunas gotas enormes de agua caliente comenzaban á caer.

Supe en el camino que Miss Edith estaba al lado de Saumarez cuando éste se declaró á su hermana, y al oírlo, quiso volverse á su casa para rabiarse libremente, como cumple á una señorita inglesa.

Varias veces durante la marcha se enjugó los ojos con el pañuelo, y su charla me demostró plenamente á dónde llegan la inconstancia del corazón y los efectos del histerismo.

Todo esto era sencillamente absurdo, pero

parecía muy natural, dados el lugar y el tiempo.

El mundo estaba este día reducido á las dos hermanas Copleigh, á Saumarez y á mí, formando corro, ya iluminados por el rayo, ya envueltos en la obscuridad, y el hilo que había de guiar á este mundo extraviado parecía que se hallaba en mis manos.

Cuando regresamos á la tumba, en medio de esa tranquilidad parecida á la muerte que sigue á las tempestades, comenzaba á brillar la aurora y encontramos á todos nuestros compañeros esperándonos.

Saumarez parecía el más impaciente: su cara estaba de cien mil colores, y cuando Miss Copleigh y yo llegamos con los caballos cojeando, salió á nuestro encuentro, ayudó á Edith á desmontar y la besó delante de todos.

Fué una escena verdaderamente teatral, aumentando la semejanza el polvo blanco con que todos estábamos cubiertos.

Hombres y mujeres parecían espectros que, agrupados bajo los naranjos, se disponían á aplaudir la elección de Saumarez, como si se tratara de la representación de un

sainete. Jamás he visto nada más anti-inglés.

Por fin, Saumarez dijo que debíamos regresar, porque si no vendrían del pueblo á buscarnos, y me preguntó si tendría la bondad de ser el compañero de Magdalena. ¡Contesté que nada podía serme más grato!

Formamos, pues, seis parejas y regresamos de dos en dos.

Saumarez acompañaba á Miss Edith, á la que había cedido su caballo.

El cielo estaba despejado y cuando el sol salió, noté que todos, poco á poco, íbamos entrando en la categoría de seres vulgares.

También aprendí que la tal *Arca de Noé* era una cosa completamente distinta de todas las demás de este mundo, y pedí á Dios que no se repitiera jamás. ¡La habíamos hecho acariciados por una tempestad de polvo y por los bramidos de un viento abrasador!

Me sentía cansado, magullado y un tanto avergonzado de mí mismo, y me fuí primero al baño y luego á la cama.

He aquí la historia, según la versión de una mujer.

Escrita no se verá jamás, como Magdalena Copleigh no se encargue de ello.



## EN EL ESPLENDOR DE SU JUVENTUD

¡Detenido en mitad de la carrera  
cuando ya estaba el triunfo conseguido!  
¡Ved cómo la ha cortado y ha perdido  
el premio que anhelante persiguiera!  
Mas hay que preguntar, antes de hacerle  
objeto de castigo ó de censura,  
quién en un trance tal pudo ponerle;  
quién preparó, alevoso, la montura.  
¡Quizá el destino lo arregló de modo  
que al impulso violento de salida  
vió su fuerza agotada, destruida  
y roto el corazón, renunció á todo!

(*La carrera de la vida.*)

CUANDO referí la broma que el *Gusano* dió al subalterno, prometí un cuento algo parecido á aquél, pero en el cual, toda burla quedaría descartada: el cuento es este.

Ricardito Hatt, fué seducido en su más tierna juventud, no por la hija de una patrona, ni por una doncella, ni por una *camarera*